

Debate

El camino de la esperanza

Imma Tubella

Rectora de la Universitat Oberta de Catalunya

Edgar Morin y Stéphane Hessel, de 91 y 94 años respectivamente, han publicado un opúsculo titulado *Para que Francia reencuentre el camino de la esperanza*. Compañeros de indignación y de resistencia y partidarios de actuar con urgencia, han querido de alguna manera estar presentes en las elecciones presidenciales francesas con una reflexión provocadora y una lista de quince propuestas de reforma concretas, *Roosevelt 2012*, con la intención de ayudar al presidente electo, sea quien sea, a superar la crisis en pocos meses con propuestas como la creación de dos millones de puestos de trabajo en cinco años sin arruinar ni el estado ni las empresas, por poner un ejemplo. Estas propuestas se pueden encontrar fácilmente en internet; por lo tanto, aquí no me alargaré en su contenido, ya que, por la falta de espacio, podría banalizarlas, cuando justamente la intención de sus autores es influir en la acción de gobierno del nuevo presidente pero también, de manera más global, hacer nacer una sociedad más democrática a escala europea.

Hace tiempo que tanto Morin como Hessel advierten de los peligros de una democracia que ha perdido el contacto con su base, es decir, la ciudadanía, y por eso luchan incansablemente para que se produzca un cambio radical de la política. Se ha demostrado sobradamente que las reformas sectoriales y a corto plazo –lo único que entiende la dinámica electoral– son un parche, y que lo que hace falta es un cambio cultural de base. Nos lo dicen personas de la experiencia y la credibilidad de Hessel y Morin, pero también nos lo dicen los jóvenes, que son el futuro. Y no les escuchamos, ni a unos ni a los otros.

«Morin y Hessel nos invitan a repensarlo todo. Es alentador, porque la fuerza del cambio no reside en el lamento ni en los que nos expolían.»

No puede haber reforma de la política sin reforma del pensamiento político, es

decir, sin un cambio de mentalidad y una reforma básica y profunda del pensamiento, que lo arranque de su anclaje en el pasado y que lo conduzca a interiorizar los retos de la sociedad del siglo XXI, que no son ni los de la sociedad del siglo XIX ni los de la sociedad del siglo XX. El impacto perverso de los medios de comunicación, especialmente de la radio y de la televisión, sobre la política, han hecho que confundamos la democracia con las encuestas electorales y, peor todavía, a menudo damos más credibilidad a los opinadores que a los que tendrían que ser nuestros representantes, los parlamentarios, del mismo modo que estamos a punto de confundir la economía con las estadísticas y la educación con el contenido, aprendido o no.

Pero no toda la responsabilidad es nuestra ni de los medios de comunicación, también lo es de la cultura de la queja que se ha instaurado entre nosotros, una cultura que, si no sabemos transformar en propuestas positivas, podría llevarnos rápidamente a la decadencia.

Ha llegado el momento de escoger qué modelo de país, qué modelo de política, qué modelo de economía, qué modelo de educación queremos, y tenemos la oportunidad de dejar aparcada la queja, seguramente razonable pero en todo caso muy poco productiva, y emprender el camino de la esperanza. Ahora bien, si queremos conseguirlo tendremos que estar convencidos de que necesitamos una nueva vitalidad nacional y democrática, con nuevas resistencias y nuevas indignaciones. Y también necesitaremos el convencimiento de que, más allá de la vida que nos ofrecen las cajitas que amigos y familiares nos regalan para nuestro cumpleaños para aligerar la insatisfacción cotidiana –cajitas con experiencias de cien euros, y poca cosa más–, otra vida es no solo posible sino también apasionante.

Morin y Hessel, con la vitalidad característica de los que saben que ya no tienen nada que perder, quieren demostrarnos que es mucho más enriquecedor y sobre todo eficaz repensarlo todo que zurcir e ir tirando con parches. Que nada está establecido para siempre y que todo puede reinventarse, empezando por nosotros mismos.

La verdad es que, mirándolo desde una perspectiva catalana, para mí es mucho más alentador seguir esta línea de pensamiento que cultivar el lamento como metodología o, todavía peor, como estrategia, por nuestra imposibilidad de poder ser lo que querríamos ser, señalando, eso sí, siempre a los otros. Ya tendríamos que saber que la fuerza del cambio no reside en los que nos expolían, en el sentido

más amplio de la palabra, porque esto es lo único que han sabido hacer a lo largo de la historia y no olvidamos que por suerte han ido perdiéndolo todo. La fuerza del cambio, ahora más que nunca, está en nosotros mismos, y tendríamos que agradecer a Hessel y Morin que nos lo recuerden. Solo gente como ellos, aunque parezca una paradoja, tienen futuro.

Artículo publicado en:

Ara. Versión digital: http://www.ara.cat/premium/opinio/cami-lesperanca_0_670132989.html

Ara. Versión impresa, 25-03-2012, página 35.
